

Lita Paniagua ganó el año pasado el Premio del Tercer Mundo Andrew Hutton, patrocinado por el diario London Guardian y la revista People. Inmediatamente después, le fue solicitado por la misma revista un relato sobre los barrios pobres de México. El relato que publicamos es el resultado del estudio realizado en el barrio de Tepito, donde la autora vivió varias semanas con ese objeto. People publicó el texto en inglés y francés.

Viernes 6:00 A.M.

Hace ya una hora que la ventana aún oscura del tapanco comenzó su incesante tembloreo provocado por el estentóreo rodar los camiones en la avenida, a media cuadra de distancia.

Despertada tal vez por el rugir del tránsito, tal vez por el arrastrar de la bacinica debajo del catre de la bisabuela, o por los movimiento en la litera doble que ocupan su hermana Lola y sus tres hermanos, o por el lloriqueo de su sobrinita de 4 meses que duerme en un cajón del chiffonier, o por la tos de su papá en la cama que ella comparte con él, con su mamá y con su hermanito Jaime, Yuyi López espera el día rascándose perezosamente los piquetes de mosco y observando cómo las sombras asumen

sus formas diurnas: el ropero con el espejo roto, la antigua máquina de coser zapatos donde trabaja su bisabuela, las pilas de hormas y cueros que usa su papá.

Esta es la familia López. Como la mayoría del proletariado en la Ciudad de México, vive en una vecidad derruída. La de los López comprende 52 viviendas de un solo cuarto, en las que habitan 500 personas; hay un excusado que siempre está tapado, y dos lavaderos. El 66 por ciento de la población de la vecindad es menor de 16 años, 16 por ciento más que la cifra para toda la República. La vecindad está en el centro de Tepito —81

cuadras; 165 mil habitantes. La zona es famosa entre los consumistas que buscan ahí símbolos de status a buen precio (de contrabando o robados), entre los aficionados a la marihuana, que creen poder hallar contactos fáciles, entre los comerciantes en zapatos, quienes se abastecen con el producto de zapateros que trabajan a destajo en sus bohardillas sin ninguna clase de seguro o prestación social. La reputación del barrio es de pobreza, peligro, ilegalidad.

Observando las normas de modestia inculcadas desde la infancia, Yuyi se viste rápido debajo de las cobijas, mientras los sonidos matinales se multiplican en el aire que ya huele a tractolina, a fritangas, a "cemento" de zapatero. A todo volumen los 52 radios de la vecindad instan a los "felices madrugadores" citadinos a: volar a Acapulco, fumar los cigarros "viriles", beber el brandy "del Don", comprar lotes boscosos lejos del esmog, alimentar a sus hijos con mucha proteina (la carne cuesta 80 pesos el kilo; el papá de Yuyi gana un promedio de 120 pesos diarios), tener familias pequeñas. Los 21 bebés nacidos en la vecindad durante los últimos 12 meses parecen llorar en coro; los Pérez se gritan insultos; alguien comienza a golpear en una tina de hojalata; las mujeres que ya están lavando, ríen y charlan a grandes voces.

Yuyi baja del tapanco por la escalera de mano que lo une a la planta baja, y corre al patio de la vecindad con dos cubetas, iniciando la tarea de surtir de agua a la familia. Hace cola ante el único grifo que sirve a todos los inquilinos. Entre el grupo de mujeres, Yuyi es un gorrión rodilludo que más bien parece tener 6 años y no los 10 que ha cumplido. Aunque es hija de zapatero, su calzado está roto de la punta, con los tacones gastados y es dos números más grande que el que corresponde a sus pies.

Al rato, sus hermanos Carlos de 11 y Pedro de 13 reemplazan a Yuyi en la cola, ya que ellos tienen más tiempo porque asisten a la sesión vespertina, para varones, de la escuela.

En la hornilla de tractolina de dos quemadores la señora López calienta los frijoles, el café, y las tortillas. Sus movimientos son lentos, debido a su avanzada preñez. De vez en cuando se detiene para ver abstraída las imágenes del televisor. Julio, de 6 años, regresa del estanquillo con un litro de Pepsicola y un "gansito" que son su desayuno predilecto, y comienza a pelear con Jaime de 4 años, por el derecho a usar el "water". (Los López pertenecen a la élite de tres familias que tienen su propio sanitario. El de ellos está semioculto detrás de una cortina en la sección de la pieza que sirve de cocina).

Sentado en una de las cuatro sillas que junto con la mesa de pino y el televisor son los únicos muebles en el desordenado cuarto de 3 por 4 metros, el señor López es un islote de mal humor alrededor del cual los niños mantienen cauteloso silencio. El lunes, Gloria, la quinceañera de la familia, se fugó con el novio y desde entonces el señor López no ha dejado de beber, enroscado en su ira taciturna, cuya huella amoratada aún marca la mejilla de la señora López. (México tiene más de 2 millones de alcohólicos; la cirrosis es la primera causa de mortandad entre los hombres de 35 a 54 años de edad). Su mirada enrojecida, resentida, acusa de complicidad en la huída a Lola, de 17 años, la hija mayor. La muchacha se retrae en sí misma asumiendo indiferencia y anonimidad al mismo tiempo que trata de reprimir la nausea de su nuevo embarazo. A pesar de sus esfuerzos tiene que correr al sanitario. El señor López oye los vómitos y ruge; "PUTA", y con toda su fuerza lanza el bote de cerveza contra la pared. Yuyi instintivamente alza los brazos para protegerse la cara, y los niños más pequeños se refugian contra las piernas de la madre. Pero el señor López regresa a sus meditaciones y se escucha nuevamente el animado monólogo del televisor.

Mientras bebe su café, de pie junto a la estufa, Yuyi mira la pantalla del televisor en la que una rubia sonriente descansa de sus labores mecanográficas brindando con un refresco embotellado. (México tiene el índice más alto de consumo por cápita de refrescos.) Yuyi piensa que le gustaría ser secretaria. Las amigas de sus hermanas siempre hablan del sueño de trabajar en una oficina y salir para siempre de la vecindad; pero Yuyi no sabe de nadie que lo haya logrado. Hace unos días Pedro dijo que quería ir a la secundaria y el señor López le dio una tremenda golpiza. (Yuyi tampoco conoce a nadie que haya terminado la secundaria.)

A veces el señor López se enfurece tanto que rompe los muebles o sencillamente desaparece.

El año pasado el señor López se fue por mucho tiempo y la señora López trajo a una señora a vivir con ellos. A esa señora, seguido la visitaban señores tarde en la noche, y entonces toda la familia, excepto los más pequeños, tenían que bajarse del tapanco a esperar a que se fuera el visitante. Durante esos meses Yuyi y sus hermanos dejaron de ir a la escuela y vendían chicles y cajas de kleenex en la calle.

Yuyi sube al tapanco para besar la mano de su bisabuela antes de irse a la escuela. La anciana ya está inclinada sobre su máquina, cosiendo los pedazos de cuero que le reportan ingresos de unos 150 pesos a la semana. Mientras trabaja, el radio a su lado brama el nuevo jingle que insta a los oyentes a recordar que la vejez es el tiempo para el reposo. Yuyi se pone el suéter que dejó Gloria, baja presurosamente a la planta baja, besa la mano inerte de su padre, recoge su atado de libros de texto, reci-



be la bendición de su madre, y sale apretando en el puño la moneda de 5 pesos que hurtó a la bisabuela. Teme decirle a su mamá que necesita libreta y lápiz nuevos.

En su hogar Yuyi no habló con nadie, pero al reunirse con sus amigas se vuelve parlanchina y sonriente (los dientes de todas las niñas están en muy mal estado) especialmente cuando se detiene en el estanquillo a comprar papitas y galletas (México tiene el índice más alto de consumo per cápita de galletas comerciales. Compradas al menudeo, las galletas y papitas les salen costando entre 200 y 700 pesos por kilo.)

Las niñas hablan de lo mucho que les fastidia la escuela, Excepto por las historietas de amor y pasión que se intercambian por debajo de los pupitres, la lectura les aburre; se quejan de los pellizcos y los reglazos de la maestra y lamentan no tener como sus hermanos un maestro joven porque, según saben, éstos asisten a la universidad y mientras ellos mismos estudian dejan a los niños hacer lo que quieren.

En el camino, las niñas pasan frente a una casa de baños de la que emana el delicioso vaho caliente oloroso a jabón. Yuyi se ha bañado ahí en las infrecuentes Grandes Ocasiones: el día de su Primera Comunión y el de la boda de su hermano Jorge. Pero la ducha cuesta 18 pesos. Sólo la "sangrona" de Lourdes, cuyo

papá es chofer de camión, va a la casa de baños una vez por semana.

Las niñas cierran filas al acercarse al callejón controlado por los "tinerosos" (los adictos a inhalar cemento de zapatero). Tienen miedo de que se les aparezca el tineroso que murió el año pasado en ese callejón, y apresuran el paso.

La escena de los adictos lleva a las niñas a comentar los rumores del baile que tal vez se celebre esta noche en el patio de la vecindad. El sábado pasado 300 jóvenes se aglomeraron en ese espacio estrecho a bailar, emborracharse, fumar "mota", inhalar
cemento, al ritmo del rock y "salsa" tocados a tal volúmen que
el edificio se cimbraba. Su papá, dice Yuyi, sacó a Gloria del
baile jalándola de los cabellos y otros inquilinos arrancaron los
alambres del sonido, causando un zafarrancho. Algunas de las
niñas dicen que sus papás se están armando por lo que pueda
suceder ahora. Las niñas se titilan con sensacionales descripciones de lo que verán.

8:00 A.M.

Suena la campana de la escuela. Yuyi corre con sus amigas hacia el edificio y desaparece en la multitud.